

EL BARDO INMORTAL

-Oh, sí -dijo el doctor Phineas Welch-, puedo invocar los espíritus de los muertos ilustres. Estaba un poco ebrio, de lo contrario no lo habría dicho. Pero no estaba mal embriagarse un poco en la fiesta anual de Navidad.

Scott Robertson, el joven profesor de literatura, se ajustó las gafas y miró a derecha e izquierda para cerciorarse de que nadie oyera.

-Vamos, doctor Welch.

-Hablo en serio. Y no sólo los espíritus. También invoco los cuerpos.

-No lo hubiera creído posible -dijo Robertson con tono ampuloso.

-¿Por qué no? Es una simple cuestión de transferencia personal.

-¿Se refiere al viaje por el tiempo? Pero eso es bastante..., esto..., insólito.

-No sé si sabe cómo.

-Bien, ¿y cómo, doctor Welsh?

-¿Cree que voy a contárselo? -preguntó muy serio el físico. Buscó con la vista otra bebida y no vio ninguna- He invocado a varios. Arquímedes, Newton, Galileo. Pobres diablos.

-¿No les gustó nuestra época? Pensé que estarían fascinados por la ciencia moderna -comentó Robertson, que empezaba a disfrutar de la conversación.

-Oh, lo estaban. Claro que sí. Especialmente Arquímedes. Pensé que enloquecería de alegría cuando se lo explicara por encima en el escaso griego que sé, pero no..., no...

-¿Cuál fue el problema?

-Una cultura distinta. No se podían habituar a nuestro modo de vida. Sentían mucho miedo y soledad. Tuve que enviarlos de vuelta.

-Qué pena.

-Sí. Grandes mentes, pero no mentes flexibles. No eran universales. Así que probé con Shakespeare.

-¿Qué? -aulló Robertson, pues eso se aproximaba más a su especialidad.

-No grite, jovencito -le reconvinó Welch-. Es de mala educación.

-¿Dice usted que invocó a Shakespeare?

-Así es. Necesitaba a alguien con una mente universal, alguien que conociera tanto a la gente como para convivir con ella siglos después de su propia época. Shakespeare era el hombre indicado. Tengo su autógrafo. Como recuerdo, ya me entiende.

-¿Aquí? -preguntó Robertson, con los ojos desorbitados.

-Aquí mismo -Welch hurgó en los bolsillos del chaleco-. Ah, aquí está.

Le dio un trozo de cartón al profesor. En un lado decía : "L. Klein e hijos, ferretería mayorista". En el otro estaba garrapateado: "Will m Shakesper."

Robertson tuvo una sospecha.

-¿Qué aspecto tenía?

-No era como los retratos. Calvo y feo con bigote. Hablaba con acento tosco. Desde luego, hice lo posible para congraciarlo con nuestra época. Le dije que valorábamos mucho sus obras y que aún se representaban en los teatros. Mas aún, que las considerábamos las más importantes obras literarias en lengua inglesa, tal vez de cualquier idioma.

Bien bien, dijo Robertson, asombrado.

ASIMOV - EL BARDO INMORTAL

-Dich, dich -dijo Robertson, asombrado.

-Le conté que la gente había escrito volúmenes enteros sobre sus obras. Naturalmente, quiso ver uno y lo saqué de la biblioteca.

-¿Y?

-Oh, estaba fascinado. Claro que tenía inconvenientes con los giros actuales y las referencias históricas de 1600, pero yo le ayudé. Pobre diablo. Creo que no esperaba semejante tratamiento. No paraba de decir: "¡Pardiez! ¿Qué no se puede sonsacar a las palabras en cinco siglos? ¡Se podría lograr una inundación con aguas estancadas!".

-Él no diría eso.

-¿Por qué no? Escribía sus obras con la mayor celeridad posible. Me explicó que tenía que hacerlo para cumplir con los plazos. Escribió Hamlet en menos de seis meses. La trama era vieja. Él se limitó a pulirla un poco.

-Eso es lo que se hace con el espejo de un telescopio -replicó indignado el profesor de literatura-. Sólo lo pulen un poco.

El físico no le prestó atención. Divisó un cóctel intacto en la barra, a pocos metros, y furtivamente se dirigió hacia él.

-Le dije al Bardo Inmortal que incluso dictábamos cursos universitarios sobre Shakespeare.

-Yo dicto uno.

-Lo sé. Lo inscribí en ese curso nocturno precisamente. Nunca he visto a un hombre tan ávido de averiguar qué pensaba de él la posteridad como el pobre Will. Trabajó con empeño en ello.

-¿Ha inscrito a William Shakespeare en mi curso? -farfulló Robertson.

Aun como fantasía alcohólica la idea resultaba abrumadora. ¿Pero se trataba de una fantasía alcohólica? Recordaba vagamente a un hombre calvo y que hablaba de forma exótica...

-No con su verdadero nombre, por supuesto -le aclaró el doctor Welch-. No quiero ni pensar cómo lo pasó. Fue un error, eso es todo. Un gran error. Pobre diablo.

Se hizo con el cóctel y sacudió la cabeza ante la copa.

-¿Por qué fue un error? ¿Qué sucedió?

-Tuve que enviarlo de vuelta a 1600 -rugió el indignado Welch-. ¿Cuánta humillación cree usted que puede soportar un hombre?

-¿De qué humillación me habla?

El doctor Welch se liquidó el cóctel de un solo trago.

-Vaya, maldito patán. Usted lo suspendió.

